

Prólogo

El tiempo recobrado

Lo confesaré de entrada: el libro que llega a las manos del lector carece de pretensiones. No quiero convencer a nadie de nada; no es mi intención cambiar el mundo ni creo que mis reflexiones vayan a orientar a quien desee encontrar un camino. Lo que escribo responde simplemente a una necesidad, a un desahogo; a un intento de atrapar la fugacidad del tiempo, que es lo que nos mueve a quienes realizamos este ejercicio de sentarnos frente a una hoja en blanco.

Puedo afirmar, por ello, que en los artículos y textos originales recopilados en este volumen se puede encontrar un testimonio sincero de lo que soy y de lo que siento. Escribía Rousseau en sus *Confesiones*: «Emprendo una tarea de la que nunca hubo ejemplo y cuya ejecución no tendrá imitadores. Quiero mostrar a mis semejantes un hombre en toda la verdad de la naturaleza. Y ese hombre soy yo». Y prosigue: «No estoy hecho como ninguno de cuantos he visto. Si la naturaleza hizo bien o mal al

romper el molde en que me vació, es cosa que habrá de juzgarse después de haberme leído».

Naturalmente, no soy Rousseau ni creo que la naturaleza haya roto ningún molde al venir yo al mundo, pero sí comparto el deseo de que este libro sea también leído y juzgado. Y ello porque estoy convencido de la dolorosa y gozosa individualidad de cada ser humano. En ese sentido, escribir siempre es un acto de reafirmación, una forma de expresar la diferencia frente al otro y de buscar un sentido a nuestra azarosa existencia.

Hay en los textos que integran esta recopilación una curiosidad por la vida que se manifiesta en mi amor por París y la cultura francesa, por la filosofía y por la infancia, que, como se ha dicho en numerosas ocasiones, constituye nuestra verdadera patria. Y todo atravesado por una mirada nostálgica, que se ha acentuado en mi caso al superar la barrera de los 70 años.

París, siempre París. Estaba estudiando en la capital francesa en 1975, justo el mismo año en el que murió Franco. Me enteré del fallecimiento del dictador en la biblioteca de la Universidad de Vincennes al ver una portada de *Le Monde* con un título a toda plana: «Franco est mort». Allí acudía todos los días a seguir las clases de filosofía de Deleuze, Lyotard, Châtelet, Badiou y otros maestros del pensamiento que se habían refugiado en aquel reducto intelectual tras la experiencia de Mayo del 68 y su triste final.

Tal y como escribió Hemingway, París era una fiesta. Sus calles, sus parques, sus cafés, las orillas del Sena, el Père-Lachaise, el Barrio Latino, la Cinemateca de Chailot, la librería Shakespeare and Company eran una especie de paraíso en contraste con aquella España gris y

reprimida de comienzos de los años setenta donde todavía existía la censura.

Como soy un gran admirador de las letras francesas, recorrí los rincones de la ciudad con el ánimo de descubrir los escenarios literarios que habían inspirado a autores como Balzac, Baudelaire, Victor Hugo, Zola, Proust y Apollinaire. De todos ellos, siento especial predilección por Honoré de Balzac, quien, a mi juicio, ha sido el escritor que mejor ha reflejado la vida de París en la primera mitad del siglo XIX, creando una serie de personajes que le han sobrevivido como Goriot, Rastignac, Eugenia Grandet, Pons, Bette, Birotteau, Michu, Benassis y otros. Marx, que le admiraba a pesar de su talante burgués y conservador, decía que sus novelas eran un espejo de la sociedad de su tiempo. Y tenía razón.

Balzac escribía por entregas y ganaba grandes sumas de dinero que dilapidaba a gran velocidad porque era caprichoso y aficionado al lujo. Murió a los pocos meses de haber contraído matrimonio con *madame* Hanska, una aristócrata polaca a la que instaló en un palacio que hoy es un hotel en el centro de París. Me gustaba pasar por allí y recordarlo.

Por los mismos motivos, intenté buscar los rastros de los lugares y protagonistas de *la recherche* proustiana, que tantas veces había recreado al recordar ese ambiente aristocrático y decadente de lo que él llamaba «el mundo de Guermantes». No podía pasear por los Campos Elíseos sin imaginar al narrador de la obra jugando en su infancia con su querida Gilberte. O intentaba situar la mansión de los Verdurin cuando me hallaba en la plaza del Trocadero o buscar el club que frecuentaba Swann, el

amigo del príncipe de Gales. Proust optó por encerrarse en una habitación acolchada del número 102 del bulevar Haussmann para escribir su voluminosa obra, un verdadero monumento al tiempo perdido y recobrado.

Sufría una grave enfermedad pulmonar y vivía acompañado por Celeste Albaret, su ama de llaves. Tras una existencia ociosa y dedicada a los placeres terrenales, dedicó los últimos años de su vida a redimirse mediante la escritura de esta grandiosa autobiografía enmascarada por personajes que reflejan sus contradicciones y sus deseos frustrados. Proust marcó mi visión de París, siempre teñida por esa nostalgia del pasado.

El lector encontrará en estas páginas un sentimiento de añoranza por ese París mítico y literario que me sirvió para llenar un cuaderno que perdí en un traslado de casa hace algunos años. Tenía tapas de color rosa y lo había comprado en una librería del bulevar Saint Michel. Tal vez aparezca algún día.

Lo que no he perdido han sido los libros de filosofía a los que he dedicado tantas horas. Cuando estudiaba en el colegio de los jesuitas de Burgos descubrí a Descartes, un pensador que me fascinó por su coherencia y su clarividencia. Sus *Meditaciones metafísicas* me abrieron los ojos y me ofrecieron respuesta a algunas preguntas existenciales que yo me hacía en ese momento. Descartes me llevó a Spinoza, Leibniz y Hume, los filósofos que elaboraron un discurso que pretendía reivindicar la razón y explicar el mundo sin apelaciones a una fe irracional. Siempre que viajo a París visito su tumba en la abadía de Saint Germain, lugar en el que descansa tras morir en Estocolmo por una neumonía a causa del frío y los madrugones.

Descartes, que tenía entonces 53 años, había viajado a la capital sueca para dar lecciones a la curiosa reina Cristina.

Mi estancia en París fue un paréntesis en mis estudios de Periodismo y Filosofía y Letras en la Complutense. Acudía a clase al viejo edificio del Paraninfo, construido en los años treinta, que tenía una magnífica biblioteca. Allí habían impartido sus saberes Ortega y otros importantes intelectuales de la República. Pero de su espíritu no quedaba nada. Corría el año 1972 y mi decepción por las enseñanzas escolásticas y anacrónicas que se impartían en esa Facultad de Filosofía me impulsaron, algunos años más tarde, a probar suerte en la Universidad de Vincennes, situada en un edificio destartado y sin apenas mobiliario, oculta en el bosque, no muy lejos de un lago.

Allí seguí con deleite un curso de Gilles Deleuze sobre el sentido, que me impulsó a profundizar en su obra y leer su *Antiedipo*, un libro escrito en una jerga casi incomprendible. Tuve la suerte de poder pasear con él por aquel bosque sembrado de hojas muertas y de hablar sobre la importancia del tiempo en el cine. Era un personaje fascinante, con una formación enciclopédica. Sentí una gran pena cuando leí en el periódico su suicidio en 1995. Creo que se arrojó desde su casa de la avenida Niel al vacío porque sufría una enfermedad pulmonar que le impedía respirar y le ocasionaba crisis de angustia.

Pero lo que más agradezco a Deleuze, que iba siempre con un sombrero de fieltro gris y un loden verde, fue la recomendación de insistir en la lectura de Spinoza. Su *Ética* ha estado en mi mesilla de noche durante muchos años. Al igual que los *Pensamientos de Pascal*, un libro que siempre me ha acompañado y que tiendo a leer en los

momentos de desconsuelo. Ambos fueron dos filósofos que sufrieron mucho y eso se nota en sus páginas.

Vivía por aquel entonces en una residencia de estudiantes de la rue Vaugirard, muy cerca de los Jardines de Luxemburgo, donde acostumbraba a sentarme a leer cerca de la fuente donde los niños jugaban con barquitos. Me gustaba salir por la puerta que da a la rue d'Assas, donde hay una estatua de Verlaine. Muy cerca de allí, una cruda noche de invierno me encontré con Jean Paul Sartre y Simone de Beauvoir, que, protegidos del frío por gruesos abrigos, andaban por la rue Bonaparte cogidos del brazo.

El existencialismo formaba parte de mi horizonte vital. Yo me había peleado con *El ser y la nada*, *El idiota de la familia* y otros libros de Sartre, cuyo pensamiento me resultaba muy atractivo. Su idea de que el ser humano carece de esencia y que se va haciendo a través de sus actos me parecía una iluminación. Luego he seguido leyendo a Sartre durante toda mi vida y cada vez me siento más identificado con su afirmación de que el hombre es un ser condenado a la libertad.

Albert Camus ha sido otra referencia constante en mi biografía, tanto por sus libros como por su trayectoria personal. Jamás escribió nada que no pensase y, en muchas cuestiones, el tiempo le ha dado la razón sobre Sartre, con el que rompió con motivo de la guerra de Argelia. Su trágico y absurdo final en un accidente de automóvil, poco después de recibir el Nobel, siempre me ha conmovido. Camus y Sartre están detrás de muchas de las cosas que digo en este libro.

En esa época me gustaba pasear por las orillas del Sena y tomar un vaso de Beaujolais y un trozo de camembert

en un pequeño bistró que había junto al puente que une la rue del Cardenal Lemoine con la Isla de San Luis, donde vivió Baudelaire y sufrió la persecución de los censores por sus *Flores del mal*. Hay en esa pequeña cuadrícula, situada junto a Nôtre Dame, oscuros callejones y pasajes misteriosos que me atraían.

Como comentaba al principio de estas notas, París y la filosofía han sido dos pasiones que están muy presentes en este libro. Pero también quiero hablar de mi afición a la lectura, que se convirtió en una dependencia desde que era niño. Entonces leía los libros de Tintín, Enid Blyton y las travesuras de Guillermo, el genial personaje de Richmal Crompton. Cuando llegué a la adolescencia, me entró una inclinación desenfrenada por la literatura rusa. Pasaba las tardes de verano sumido en Dostoievski, Tolstoi y Chéjov. No podía levantar la vista de los textos de esos autores hasta el punto de que mi padre me advertía del riesgo de volverme loco por tan peligrosas influencias.

A pesar de ese consejo, la lectura no solo no me ha causado ningún daño, sino que me ha ayudado a vivir y a entender a mis semejantes. Pero siempre he leído por pura pasión, por el goce inmenso del tacto del papel y por la curiosidad de poder penetrar en los secretos de existencias ajenas o de viajar a lejanos confines.

En unos tiempos en los que las redes sociales y las nuevas tecnologías han desplazado a los medios de información convencionales y en los que resulta cada día más difícil distinguir entre la verdad y la mentira, me parece necesario reivindicar los libros, los periódicos de papel y la lectura. Creo que ninguna persona que tenga el hábito

de leer e informarse puede ser manipulada mediante la propaganda que invade nuestra intimidad.

A este respecto no puedo más que lamentarme de la desaparición de las librerías ante la indiferencia general. Una tras otra han ido cayendo en la última década. El cierre de Rumor tras el fallecimiento de Ignacio Marín, su fundador en los años setenta, dejó huérfano al barrio de Chamartín en Madrid. Es una tragedia cultural ante la cual las autoridades no han movido ni un solo dedo. Algún día pagaremos por esa desidia.

Y, por último, está ese sentimiento de nostalgia que impregna todo lo que escribo. No soy capaz de explicar racionalmente esa atracción por el pasado, pero no hay día que no rememore mi infancia y mis primeros años en Miranda de Ebro, mi localidad natal.

Nacido en el seno de una familia ferroviaria, allí viví hasta los diez años, que transcurrieron en el barrio de La Charca, muy cerca de la estación. Antes de aprender a andar, mi abuelo me subía a las locomotoras, todavía de vapor, por las que sentía una intensa fascinación. El primer objeto que manejé cuando era muy pequeño fue un martillo de juguete para golpear las llantas de las ruedas de los vagones.

Miranda es para mí el paraíso perdido, el reino de la libertad, donde crecí en contacto con la naturaleza, a las orillas del río, en un pueblo donde todavía las mercancías se distribuían en carruajes tirados por caballos, había cocinas de carbón, se pagaba con billetes de una peseta y el lechero llamaba a la puerta cada mañana.

La vida en la década de los setenta era muy distinta a la de hoy. Carecíamos de bienes materiales y posibilidades

que ahora están al alcance de casi todo el mundo, pero vivíamos con la ilusión de un futuro que no sabíamos qué nos iba a deparar y en el cual confiábamos con una ingenuidad notable.

Tengo a mi lado una foto de mi abuelo, que me sostiene en sus brazos. El reverso de la foto está fechado en 1956, lo que significa que yo tenía alrededor de un año. Hoy soy más mayor que mi abuelo, que había nacido en 1900 y que me contaba cómo vio al primer avión sobrevolar una colina de Miranda en torno a 1910.

El tiempo pasa vertiginosamente para todas las generaciones mientras se agudiza la sensación de la brevedad de la vida al cumplir años. Quizás esa sea la razón de mi incurable nostalgia, de esa necesidad de buscar el sentido del presente en un pasado cada vez más lejano y borroso.

Apollinaire, un poeta que me gusta mucho, escribió unos versos que se me han quedado grabados: «pasan los días, pasan y pasan las semanas, y ni vuelven los tiempos que se fueron ni los amores perdidos». Sí, también en este libro hay evocaciones de esos amores perdidos que nos hicieron temblar en nuestra adolescencia y primera juventud.

Quien lea este libro no solo me conocerá más, lo que tiene un escaso interés, sino que, además, se sentirá probablemente identificado con muchas de las cosas que he escrito porque, como decían los clásicos, nada humano nos es ajeno.

Les dejo, pues, con mis sueños, mis frustraciones, mis deseos más íntimos. Y no con un afán de exhibicionismo, sino con la convicción de que el lector hallará en mis reflexiones algún tipo de complicidad y también una mirada perpleja sobre el misterio de vivir.

Manifiesto minimalista

A Julio Rey

Coge el día. Atrápalo. No escuches a quien te diga que dejes para mañana lo que puedes hacer hoy. Abre los ojos y los oídos.

Levántate y anda. Recorre los caminos que quedan por hollar. Compórtate como si la vida fuera a durar solamente cinco minutos. Salta de la cama y contempla cómo el sol se alza sobre el horizonte. Sube a un tejado y mira el brillo azul de Vega en el cénit de la noche.

Que lo que has perdido en el pasado no ensombrezca lo que puedes disfrutar en el presente. Entierra los desencantos y atiende sin prejuicios a lo que te están diciendo.

Viaja a cientos de kilómetros para ver un cuadro o un paisaje. Pasea por un acantilado en un día de furiosa tormenta. Lee un poema de Cavafis y evoca aquella Alejandría que nunca conociste. Escucha una vieja canción de Trenet.

Descorcha una botella de vino, come un buen pan y paladea un queso fuerte. Notarás el sabor de la tierra, un regusto amargo que queda en la memoria.

Dedica tiempo a tus amigos, porque ellos guardan lo mejor de ti. Observa sus gestos, sus silencios. Capta los matices, donde encontrarás algo más profundo que las palabras.

En los momentos de desánimo, ten siempre presente que la adversidad fortalece el carácter. Recuerda que ser coherente es mucho más importante que tener éxito. Permanece fiel a ti mismo. Y párate a distinguir las voces de los ecos.

Comprender es mucho más difícil que juzgar. Sé duro contigo mismo y no critiques a los demás. Ponte en el lugar de los otros. No seas necio y no mires jamás el dedo que te está señalando la luna.

No hagas planes, no pienses en el futuro, prescinde —si puedes— del reloj, viaja a los confines del mundo o de tu pueblo, tumbate en el suelo y contempla el paso de las nubes. Ellas te susurrarán cosas que no sabes.

No aceptes nunca que la realidad es inevitable, pero tampoco te empeñes en cambiar a los demás. Por mucho que lo desees, el mundo siempre será imperfecto, lo mismo que tú.

Saca horas para la observación. Reflexiona. Pero no te dejes llevar nunca por la inacción. Las injusticias nunca se arreglan solas. No dejes que los demás asuman responsabilidades que te corresponden a ti también.

Camina ligero de equipaje, no temas a lo que te aguarda en el recodo del trayecto. Ama, pero no te aferres a nada. Relájate y disfruta de la vida, que es lo único que tenemos por un rato.